

ó sean los principios, ó mejor dicho, las costumbres mundanas de la antigua aristocracia de la Meca; y si consideraron prudente favorecer á los ortodoxos en el Irak, no por eso se les ocurrió jamás imponer mayor religiosidad á sus tropas sirias, en gran parte de ideas mundanas también. En Siria lo principal era impedir nuevas discordias entre Keis y Kelb, y en lo demás seguía la máxima: «Vivir y dejar vivir.» Si ya en tiempos de los califas legítimos había cambiado muy pronto el sencillo y hasta mezquino modo de vivir del árabe, especialmente en las grandes ciudades, bajo la influencia de costumbres exóticas y de la desusada riqueza, debieron ejercerla después muy directa en el aumento del lujo y de la sensualidad las tendencias mundanas de la dinastía de los omiadas. Ya hemos visto cómo en la época de Yezid se divertía la misma corte de Damasco, con grande escándalo de los piadosos; Abdelmelik y Walid, aunque no insensibles á los goces mundanos, se mostraron más prudentes, pero así Suleiman como más de uno de sus sucesores no supieron ya poner freno á su sed de placeres. Por más que los árabes procuraron imitar muchas de las peores costumbres exóticas, la verdadera civilización no había hecho aun grandes progresos entre ellos, y toda aquella vida carecía de la finura y gracia, que presta cierto atractivo hasta al mismo vicio, viéndose, por lo general, en desdichado consorcio la disipación y la grosería. Entonces resistía todavía tales excesos el sano vigor físico del arabismo, si bien en el Irak, á lo menos, se había manifestado ya, durante las guerras jaridschitas, en modo alarmante la incipiente afeminación; pero un siglo después se patentizó ésta, como era de temer, con carácter más marcado. Algo hay, sin embargo, que excita nuestra indulgencia en favor de aquella ligereza mundana: los omiadas, con el amor pagano á los placeres de la vida, introdujeron también en la Siria el alegre cantar, que precisamente en la época pagana había alcanzado su más bello florecimiento. Califas y lugartenientes atrajeron á su lado, como en otros tiempos los pequeños reyes de Hira y de Gassan, á distinguidos poetas, recompensándoles sus brillantes versos y atildadas loas con oro y honores, mientras que el guerrero seguía cantando su propia gloria y la de su tribu, y mientras entre Keis y Kelb no solo se cruzaban los golpes sino también los epigramas y los cantos épicos. Por cierto que apenas hacia falta la antigua emulación de tribu para encender una especie de guerra de cantores entre poetas rivales, porque precisamente en aquella época se habían hecho muy de moda las luchas poéticas, habiendo llenado tomos enteros con sus mútuas invectivas y sátiras los tres poetas que más brillaron en ellas, El-Scharir, El-Farasdak, ambos temimitas, y el cristiano sirio El-Ahtal, célebre por su magnífico poema en loor de los omiadas. No faltaron tampoco al principio en el campo de los creyentes los talentos poéticos que encontraban digno tema, por ejemplo, en la muerte como mártires de Alí y sus hijos; pero la adusta gravedad de la escuela teológica dominante se apartaba cada día más del arte al cual ya el Profeta había sido poco aficionado, y solo el entusiasta jaridschita Katarí lograba todavía amoldar su canto al Corán.

Pero todas estas aspiraciones, piadosas y mundanas, se sometían desde luego al fuerte gobierno del califa y de su virey, y así el poderío del gran imperio, que ya tanto se había malgastado en la lucha fratricida, pudo emplearse de nuevo contra los infieles más allá de las propias fronteras. En el año 74 (693), el primero después de la muerte de Ibn Sobeir, ó sea «año de la unión,» como acostumbra á designarlo los árabes á causa de la desaparición del último pretendiente al trono, se emprendieron de nuevo las operaciones hacia varios puntos, iniciándose entonces una serie de guer-

ras exteriores proseguidas con grande energía, las cuales, exceptuando un breve intervalo durante la rebelión de Abderrahman, representan un avance casi continuo de los árabes por la India, la Armenia y el territorio bizantino, África y por último España. Jamás estuvo el Islam tan próximo á someter á su dominación todo el orbe: que se viera por último obligado á retroceder y que con el cristianismo se salvaran al propio tiempo los gérmenes de la civilización occidental, se debió á los dos más grandes guerreros de la Europa de aquella época: Leon el Isaurio, que impidió la toma de Constantinopla por los sarracenos (98=717), y Carlos Martel, cuya espada puso término al avance de los árabes en Francia (114=732). En todos los países occidentales se conserva el recuerdo de la batalla de Tours y Poitiers como la fecha de la salvación de un inmenso peligro; pero olvidamos ingratamente, al propio tiempo, á los tan vilipendiados bizantinos, á cuya valiente defensa de su capital debemos únicamente que no cayeran en poder del Islam Constantinopla y Roma, los dos centros de la cristiandad. Para el investigador imparcial, tanto valor tiene el uno como el otro de estos dos sucesos: así en Oriente como en Occidente debía oponerse casi á un mismo tiempo la barrera que había de preservar nuestras nacionalidades de la invasión de conquistadores de raza extraña y asegurar el libre desenvolvimiento de los pueblos europeos. Sin embargo, para los fines de nuestra exposición, este lado de tan trascendentales sucesos solo tiene un interés secundario, y así, satisfechos de no vernos llamados á sostener desigual contienda con el más grande historiador del presente (1), nos limitamos á señalar la significación de aquellos hechos en la historia del Islam.

Los caminos que los omiadas hicieron seguir á los ejércitos que otra vez lanzaban mas bien en busca de nuevos dominios que para la propagación de la fe, estaban determinados con toda exactitud por las condiciones geográficas del vasto imperio. Hacíanse entonces las grandes guerras, mas exclusivamente que hoy, por los ejércitos de tierra; las escuadras, aun en las circunstancias más favorables, solo podían prestar, en casos determinados, algun apoyo á las grandes expediciones, pero jamás encargarse en ellas del papel principal. Para el avance de los musulmanes no había otras vías más que los espacios entre el Océano Índico, los mares Caspio, Negro y Mediterráneo, y aun éstos en gran parte cerrados, al Oriente y al Norte, por las masas montañosas del Asia central y del Cáucaso y las estepas entre los mares de Balkasch, Aral y Caspio, y al Sudoeste por el mar de arena de los grandes desiertos africanos. Solo quedaban, pues, expeditos los puertos de las montañas de la India, del Turquestan y del Asia Menor, y mas allá al Oeste la estrecha faja de la costa del Africa septentrional, y así se marcan desde luego los tres teatros en que se iban á desarrollar los dramas militares de los cuarenta años siguientes: la India, el Afganistan y el Turquestan en el Oriente, la Armenia y el Asia Menor en el centro, y el Africa occidental, España y el Mediodía de Francia en el Occidente. En el Oriente la guerra no podía tener importancia trascendental; los árabes no iban á luchar allí contra fuerzas que les fueran iguales: la grande extensión superficial y el clima de la India, que en otro tiempo habían hecho retroceder á Alejandro Magno, no eran tan grandes obstáculos para las numerosas huestes de los hijos del desierto; y el bárbaro arrojo de las tribus turcas carecía todavía de suficiente dirección uniforme para que pudiese resistir por mucho tiempo á las bien disciplinadas tropas de los experimentados generales musulmanes. Por eso allí el avance fué fácil y continuo, mientras los triunfos

(1) Ranke: *Historia Universal*, V, 1, págs. 204-293.

en los demás teatros de la guerra consintieron la división de las fuerzas del califa y permaneció inalterable en el interior el orden consolidado por Abdelmelik y Haddschadsch. Ya hemos visto cómo Mohallab había hecho tributarias á las comarcas turcas entre Cabul y Khiva, hasta que, á causa de la guerra civil y luego por la rebelión de Abderrahman, las perdió otra vez el Islam por algun tiempo. Yezid, hijo de Mohallab, desde 82 (702) lugarteniente del Corasan, no poseía menos talento que su afamado padre, pero carecía de su carácter; y en el apogeo del poderío á que su padre había elevado su casa se complacía en una inercia que su prodigalidad hacia parecer gloriosa á los que le rodeaban y que solo abandonaba por muy breve tiempo en circunstancias apremiantes. No era hombre que convenia al sencillo, severo y económico Haddschadsch, el cual no comprendía cómo se podía estar inactivo en las fronteras del imperio teniendo á su disposición no pocos miles de soldados. Era, además, Yezid caudillo de los árabes meridionales en el Oriente, á los cuales el keisita Haddschadsch, por mas que, exceptuando algunos casos determinados, no quisiera perseguirlos precisamente, por consideración á la paz del imperio, juzgaba, sin embargo, prudente alejar de todos los puestos de confianza. Así, fué destituido Yezid en el año 85 (704) y nombrado lugarteniente del Corasan Koteiba Ibn Muslim, de la tribu de Báhila, en quien la ambición y la energía estaban unidas á dotes excepcionales como jefe militar. Con la subida al trono de Walid (86=705) inició Koteiba, desde Merw, contra las tribus turcas de la Transoxania, divididas en muchos principados, una serie de expediciones que, después de algunas vicisitudes, dieron por resultado la toma de Peikend (87=706), Bokhara (90=709), Kesch (hoy Schehrisebs, 91=710), Samarcanda (93=712) y Khiva (93=712), y llevaron por primera vez, en el año 94 (713), las armas musulmanas al otro lado del Seihun (Jaxartes), á Fergana y á Schasch (Faschkent). Segun datos, bastante dudosos por cierto, parece que Koteiba había logrado penetrar hasta muy adentro en el territorio de Kaschgar, cuando en el año 96 (715) la muerte de Walid y el advenimiento de Suleiman al trono fueron causa de un cambio en la provisión de los cargos de lugarteniente.

Haddschadsch había precedido en la muerte (95=714) á su soberano; y el nuevo califa se inclinó á favor de los yemenitas, y Yezid, el hijo de Mohallab, estableció otra vez en Merw su espléndida y pródiga corte. Su afición á las comodidades de la vida no podía hallar grande atractivo en las frias comarcas del Norte, donde los ríos ofrecían en el invierno el espectáculo, raro para los árabes, de helarse; y para no permanecer del todo inactivo, se dedicó á la sujeción, no conseguida antes, de los pueblos de las márgenes meridional y oriental del mar Caspio, cuyo territorio era ciertamente una solución de continuidad poco conveniente entre la Media y las provincias orientales. Con todo, las victorias que consiguió en el Gorgan y Tabaristan fueron de carácter poco duradero, pues que no condujeron tampoco esta vez á la verdadera sumisión de aquellos pueblos montañoses, si bien la desgraciada empresa obtuvo por último un resultado en apariencia honroso, merced á convenios que no dejaban de ser, hasta cierto punto, ventajosos. Después, permaneció Yezid tranquilo en Merw, ocupándose únicamente en arrancar enormes cantidades á los habitantes de sus provincias y en disiparlas con mayor prodigalidad que un príncipe y con mas que lujosa ostentación. Así consiguió que todos los poetas, contemporáneos suyos, ensalzaran desmedidamente el esplendor y la liberalidad de la casa de Mohallab, pero Yezid perjudicó en gran manera al tesoro del Estado y mas todavía los territorios sometidos á su administración. Fué,

pues, un acto de justicia su destitución por Omar II en el año 100 (718), si bien los lugartenientes que durante algunos años después se sucedieron en rápido turno no lograron tampoco conservar las conquistas hechas por Koteiba. La extraña política de Omar II, como veremos mas adelante, le hizo pensar seriamente en el abandono de la Transoxania, y su sucesor Yezid II de nada se cuidó; no es, pues, maravilla que entre los años 107 y 120 (725-738) se sucedieran las rebeliones en el Oriente, hasta que se perdieron no solo todo el territorio al otro lado del Oxo sino también Balh y Herat, que se emanciparon de la soberanía del califa. Solo en tiempo del enérgico Hisham, desde el año 120 (738), el capaz Nasr Ibn Seiyar logró devolver al imperio las provincias perdidas, Fergana y Schasch inclusive, si bien por breve plazo, pues la rápida decadencia de la dinastía omiada arrastró otra vez consigo al abismo la dominación del Islam en los territorios turcos, que solo quedaron definitivamente sometidos en tiempo de los Abasidas. Mayores todavía que en la Transoxania fueron las dificultades encontradas en el Afganistan. Haddschadsch se contentó con imponer un moderado tributo al rey turco de Cabul, cuyo difícil territorio montañoso llegó á infundir respeto hasta al mismo Koteiba. Después de la muerte de Walid nadie quiso ya aventurarse allí, y el rey de Cabul pudo durante largo tiempo negar impunemente todo vasallaje.

De un modo muy parecido á los del Turquestan se desarrollaron los sucesos en el Sudeste. También aquí confió Haddschadsch el mando superior á un keisita, Mohammed Ibn Kasim, primo del lugarteniente y general enérgico y de talento. Habiendo asegurado primero la situación de Mekran, marchó hacia la desembocadura del Indo y tomó por asalto la ciudad de Deibul, después de largo sitio. Pasó luego aquel río, derrotó un formidable ejército del príncipe indio Zaher (89-708) y prosiguió su marcha victoriosa al través del Sind, río arriba, hasta el Pendyab meridional. Allí Multan era, como lo es hoy, un lugar de peregrinación muy frecuentado por una gran parte de las poblaciones del Norte de la India; y después de un penoso cerco, se obligó á sus habitantes á la rendición (94-711), cayendo la gran ciudad y sus inmensos tesoros en poder de los musulmanes. Pero estos en Multan, lo mismo que en toda la India en general, juzgaron prudente usar de alguna tolerancia: tanto para no interrumpir la ventajosa afluencia de peregrinos como también para mantener á la población de tan extenso territorio en las mejores disposiciones posibles hacia los relativamente poco numerosos conquistadores, no se procedió á destruir los ídolos y se toleró, contra lo prescrito en el Corán, que continuaran las prácticas del culto pagano. Sin embargo, tampoco esta nueva conquista pudo ser conservada en toda su integridad: después de la subida al trono de Suleiman, Mohammed Ibn Kasim fué también destituido y ajusticiado; varios de sus sucesores se hicieron odiosos con su perfidia y crueldad, y en tiempo de Hisham (105-125=724-743) hizo necesario construir fortalezas, con objeto de asegurar, á lo menos, la línea del Indo. Amr, hijo de Mohammed Ibn Kasim, fué el que fundó la más importante, á la cual se dió el nombre de Mansura, «la ciudad de la victoria,» y fué entonces y en lo sucesivo residencia del gobierno de la provincia de Sind.

En el «año de la unión» (74=693) se encontró Abdelmelik en situación muy desembarazada frente á sus vecinos mas inmediatos, y así era de esperar que desde aquella fecha hubiese un gran cambio en sus relaciones con los bizantinos. No quiere decir esto que hubiese durado hasta entonces la paz comprada por Abdelmelik en el año 70, pues apenas habían trascurrido dos años desde su ajuste cuando,

según propia confesión de los bizantinos, Justiniano II la volvió a turbar, y la razón que le atribuyen para obrar así es la siguiente: Abdelmelik había contraído, entre otras obligaciones, la de pagar un cuantioso tributo. La moneda en que fué satisfecho éste era naturalmente, como toda la que circulaba entonces en el Oeste del califato, de cuño bizantino, circunstancia que confirmaba en apariencia la ilusión que se afectaba mantener en la corte de Constantinopla, de que la verdadera soberanía en la Siria y en el Egipto seguía correspondiendo al emperador, el cual, á consecuencia de ciertos convenios, se había dignado conceder la administración temporal de aquellas provincias á sus vasallos árabes. Cuando, pues, Abdelmelik, al hacer su reforma monetaria, mandó sustituir la cruz y las imágenes en las monedas por versículos del Corán, precisamente de tendencia agresiva al cristianismo, Justiniano, mas engreído de su dignidad que lo que era regular hasta en la misma Constantinopla, consideró esta innovación como manifestación directa que le hacía un vasallo rebelde de negarle su obediencia. Era mas susceptible su soberbia desde que había podido reforzar su ejército con 30,000 esclavos agueridos, á quienes había vendido primero y luego tomado á su servicio; y no queriendo atender á las advertencias, tal vez hipócritas, pero del todo justificadas, del califa, declaró caducado el convenio y se preparó á la guerra.

Lo que conocemos del carácter de Justiniano hace probable la versión expuesta, que por otra parte guarda perfecta consonancia con la situación general. Sin embargo, diferencias cronológicas (1) suscitan dudas acerca del verdadero enlace de los sucesos, dando mayor verosimilitud al relato

(1) De la investigación crítica de los datos árabes mas antiguos se deducen, como fecha de la reforma monetaria de Abdelmelik, los años 74 y 75 (693-94). Si Ranke (*Historia Universal*, V, 1, pág. 190, nota 2), de acuerdo con una versión árabe, fija el año 70 (689-690) como el de la aparición de monedas de propio cuño, es debido á error, hijo de un dato incompleto. Del texto original de Beládhori (ed. de Geoeje, página 468) se desprende que Mos'ab mandó acuñar dirhems en el Irak, por el año 70, con el nombre Allah y una bendición en lengua árabe, siendo en lo demás, así se dice, iguales al cuño de los Cosroes; trátase, pues, aquí tan solo de la intercalación de algunas palabras árabes en los antiguos cuños persas, y no en manera alguna de un nuevo tipo de moneda. Este parece, ciertamente, que fué creado, según relación de Matrisis (de Sacy, páginas 16 y 17 del escrito citado por Ranke, página 191, nota 2), por Abdallah Ibn Sobeir en la Meca, entre los años 65 y 74 (685-693). Pero aun admitiendo que sea auténtico este dato de un escritor 800 años mas moderno, no viene á probar nada en el caso de que tratamos. Abdelmelik no podía haber tolerado en su territorio las monedas acuñadas por su rival, y no es menos improbable que hubiese copiado desde luego una disposición del pretendiente con quien estaba en encarnizada lucha. Así, pues, de conformidad con los datos de los árabes y con Miguel, el sirio (Ranke, página 193, nota), y Teofanes, que concuerdan en lo esencial, hemos de fijar los años 691 ó 692 (71 y 73) como fecha del principio de la guerra, y no vemos la posibilidad de establecer la de la acuñación de monedas árabes anterior al año 74 (694), ó cae por su base la versión bizantina del motivo que tuvo Justiniano para romper las hostilidades. Tanto esta como otras dificultades de igual índole solo pueden ser debidamente resueltas mediante una minuciosa investigación de la cronología de Teofanes, la cual no es de este lugar. Solo observaré que las observaciones de von Gutschmid, publicadas en la *Revista de la Sociedad de Orientalistas alemanes*, XXIX, página 80, nota 1, encuentran en los datos de Teofanes, en los cincuenta años anteriores á la época de que nos estamos ocupando, un error constante de dos años. Ahora bien: si por el año 70 (690) se encuentra un error análogo de tres años, por ejemplo, al fijar la expedición de Haddschadsch á la Meca en A. M. 6181 (en vez de 6184—fines de 72, Teof. ed. de Boor, I, 364), entonces la ingeniosa suposición de mi colega Rühl, de que diferencias semejantes, encontradas en el autor español Isidoro Pacense, pudieran proceder de haberse omitido la reducción de los años lunares mahometanos á años solares cristianos, tendría tambien probabilidad de ser aplicable á Teofanes y resolvería en favor de los árabes así la diferencia de que tratamos como la apuntada anteriormente.

discrepante de los árabes, según el cual fué mas bien causa de la indignación de Justiniano un escrito de Abdelmelik, en el que, según costumbre de los musulimes, se citaban frases del Corán de la tendencia expresada. Así resultaría que la reforma monetaria de éste último no fué origen sino mas bien consecuencia de la ruptura con la corte bizantina. Ambas versiones concuerdan, sin embargo, en que una cuestión de etiqueta fué la causa determinante de la guerra, como tambien en fechar los primeros hechos mas importantes entre los años 71 (ó 72) y 75 = 691-694. No deja de llamar la atención que siendo Justiniano el que declarara la guerra, no conste que hubiese llegado siquiera hasta la frontera siria; la primera batalla de mayor importancia se dió, el año 71 (691) ó 73 (692), en Cilicia ó Capadocia (2), ó sea muy en el interior del territorio bizantino. En ella fué derrotado Justiniano, habiendo conseguido el general muslim Mohammed Ibn Merwan, hermano del califa, por artes persuasivas muy *sonantes* ganar á los esclavos del emperador, los cuales se pasaron á los árabes, y las tropas imperialistas se vieron obligadas á emprender la fuga. A esta victoria siguió la nueva invasión de la Armenia por los musulimes, cuyas fuerzas acababan de recobrar toda su libertad con la muerte de Ibn Sobeir. En el año siguiente (73 ó 74 = 693) tuvo ya que sufrir otra vez aquel desdichado país todos los males de las correrías árabes, exacerbados, como siempre, por las discordias intestinas, consecuencia inevitable de la desunión de los magnates, que según convenia á sus intereses particulares, ora estaban por los bizantinos, ora por los sarracenos, y desperdiciaban las divididas fuerzas en levantamientos descabellados. La invasión de los musulimes no halló esta vez formal resistencia al principio; pero cuando ya se habían apoderado de la mayor parte del país, un arrojado oficial bizantino les infirió una derrota que les obligó á desocupar temporalmente los distritos conquistados. Justiniano pudo todavia intentar un nuevo ataque contra la Siria; pero con ayuda de los esclavos, que habían sido acuartelados junto á Antioquia, los musulimes rechazaron la agresión (75 = 694), y así Mohammed Ibn Merwan logró emprender otra vez, en el año siguiente, sus expediciones á la Armenia. Durante algun tiempo siguen influyendo mutuamente los sucesos de uno de los dos teatros de la guerra en los del otro. Hasta el año 81 (700) los árabes devastan los distritos fronterizos del Asia Menor y campan por su respeto en la Armenia; pero estalla la peste en la Siria, al propio tiempo que la rebelión de Abderrahman en la Persia empieza á paralizar poco á poco la parte oriental del imperio; aprovechan los bizantinos la ocasión para saquear la Siria del Norte hasta Antioquia y matar á los habitantes á millares (3), y vuelven á perder los musulimes la Armenia, aunque solo por el momento. Desde la batalla de Deir-el-Schamadschin, en que fué deshecha la rebelión de Abderrahman, consiguió fácilmente Mohammed, aquel mismo año (702 = 83), la rendición del país, y un alzamiento que estalló en 703 (84) fué ahogado con la mayor crueldad en el fuego y la sangre. Al propio tiempo se emprende de nuevo el avance en el Asia Menor: un año tras otro recorren los ejércitos árabes, en sus campañas de verano, distritos siempre mas lejanos y se acercan, si bien sufriendo alguno que otro descalabro, en actitud cada vez mas amenazadora á la capital bizantina. Favorecen sus propósitos las contiendas intestinas, que en combinación entonces con las controversias monoteístas, producen repetidas revoluciones palaciegas en Constantinopla y solo raras veces per-

(2) La batalla de Sebastopolis (Ranke, página 192) y la de Cesarea (pág. 193) son en mi concepto dos distintas versiones de un mismo hecho.

(3) Teofanes cita la cifra, probablemente exagerada, de 200,000, á la que él mismo parece no dar entero crédito.

miten á los emperadores, que rápidamente se suceden unos á otros, cuidarse de la defensa del Asia Menor. Por dos caminos avanzan en ésta los sarracenos desde la subida al trono de Walid (86 = 705): al Norte, casi siempre acudillados por su hermano Maslama, por Capadocia, el Ponto y la Galacia, y al Sur, por lo general al mando de Abbas, hijo del califa, por Cilicia, sin contar, naturalmente, las correrías hechas en distintas direcciones.

Los árabes pretenden haber tomado ya en el año 88 (707) á Tiane, la mas importante fortaleza de Capadocia, y en 89 (708) las ciudades frigias Amorium y Doryleum y hasta, según algunos, tambien Heraclea, junto al Ponto, mientras que en el Sur era ocupada y sólidamente fortificada Mopsuestia, en Cilicia, en el año 84 (103). En el ínterin, parece que algunas tribus turcas se hicieron molestas en la frontera septentrional de la Armenia, á cuyo castigo procedió Maslama aquel mismo año. Durante los tres siguientes (90-92 = 709-711) solo hallamos noticias generales acerca de «las campañas de Maslama contra los Romaicos», pero luego, en 93 (712), vemos señaladas la conquista de Amasia, en el Ponto, por él mismo, y la de Tarsus y Sebastopolis, en Cilicia, por Abbas. Esta última fecha concuerda con los datos bizantinos, que discrepan en las anteriores, no haciendo mención de la entrega de Tiane á los sarracenos sino en 709 y omitiendo la de los demás triunfos de éstos; acaso tengan razón en ello, á lo menos Amorium fué sitiada despues otra vez por los árabes sin éxito, lo que parecería demostrar que solo le habían impuesto alguna contribución anteriormente. Desde 712 en adelante vuelven á estar bastante acordes ambas fuentes: en 94 (713) se apodera Abbas de Antioquia, en Pisidia, y en los años próximos siguientes llega al último extremo la miseria, así en el Asia Menor como en la capital. El débil emperador Anastasio II es destronado y encerrado en un convento por Teodosio III; pero éste, que no está tampoco á la altura de la difícil situación del imperio, no encuentra acatamiento en todas partes, negándosele especialmente el general de las tropas que se encuentran todavia en Anatolia. Este es Leon, el Isaurio, oficial de extraordinario arrojo y mayor ambición todavia, el cual, aparentando guardar fidelidad á Anastasio, se apodera con mano atrevida de la corona en medio del general descontento. El mismo sarraceno está destinado á ayudarle en su empresa, contribuyendo así inconscientemente á la salvación del Estado enemigo, cuya ruina cree preparar. Maslama, que á la sazón avanzaba otra vez con sus huestes, estaba al corriente de los sucesos, y debió de parecerle mas peligroso el emperador en su bien fortificada capital que el general rebelde, á quien creía tener encerrado en Anatolia. Dos de sus tenientes sitiaban entonces á Amorium, y fueron los encargados de ofrecer á Leon el apoyo de los musulimes contra el emperador, mientras Maslama se reservaba todavia decidir lo que habia de hacer. Pero el griego era mas astuto aun que el mismo árabe: aparentó aceptar la oferta, pero exigiendo, como garantía de su sinceridad, que se levantara el sitio. Siguió estas negociaciones hasta que, durante una entrevista personal, á la cual resueltamente se prestó en el campamento sarraceno delante de Amorium y que prolongó todo el tiempo necesario, logró comunicar por medio de confidentes á la apurada ciudad que pronto recibiría socorro y obtener la seguridad de su decidida resistencia. Despues consiguió escaparse de enmedio de la escolta musulímica que habia de llevarle ante Maslama, para el ajuste definitivo del convenio. Cuando los de la escolta regresaron al campamento, burlados y vergonzosos, las tropas opinaron que la situación se hacia peligrosa, y se desparramaron en merodeo por el país, de modo que antes que Maslama, que proseguía todavia su marcha, pudiese acudir para restablecer el orden, ya Leon

había introducido refuerzos y provisiones en la ciudad, quitando así toda probabilidad de éxito á un nuevo cerco. El caudillo árabe, aunque receloso ya, dejóse entretener todavia algun tiempo con cartas y mensajes. No conocemos el contenido de estos, é ignoramos, por lo mismo, las promesas que haría Leon; quizá fuera sencillamente la aproximación de la época mas cruda del año lo que impidió en definitiva que Maslama avanzase mas hácia Anatolia, si bien se nos refiere que en el invierno de 716-717, que pasó con su ejército en el Asia Menor, confiaba todavia en el cumplimiento de las promesas de Leon. Entretanto éste triunfaba; su éxito, conteniendo el avance del enemigo y salvando la fortaleza amenazada, pareció abundante garantía al pueblo griego de su capacidad y energía, y así fué seguido casi en todas partes el precedente de los habitantes de Amorium, que ya desde el principio le habían proclamado emperador. Despues de breve resistencia, el pacífico Teodosio se avino á abdicar voluntariamente, y en 26 de marzo de 717 (98) fué coronado Leon en Constantinopla.

El nuevo emperador justificó con creces la confianza de su pueblo en sus dotes militares, arrojando victoriosamente la tormenta que otra vez se desencadenó sobre Constantinopla. Defraudados los musulimes en sus esperanzas de apoderarse por la astucia del baluarte del cristianismo, reunieron otra vez todas sus fuerzas para intentar un ataque supremo. El califa Suleiman, hermano y sucesor de Walid (96 = 715), si no poseía iguales dotes que éste como gobernante, no le cedia, por cierto, en altivez, y envió imponentes refuerzos, por tierra, á Maslama en la primavera de 717 (99) (1), mientras que al propio tiempo se dirigía al Bósforo una poderosa escuadra. A mediados de agosto el ejército musulímico, transportado á la Tracia, acampaba ante los muros de Constantinopla, y durante todo un año la ciudad, cercada por todos lados, sufrió duro sitio. Pero la empresa era demasiado grande, aun para la misma intrepidez de los sirios, acostumbrados á la victoria. A mas de cien millas de distancia de su base de operaciones, la línea del Eufrates, se veían obligados á guardar su retaguardia y sus flancos por medio de algaras en el Asia Menor y en la Tracia, y á proporcionarse los víveres por el saqueo de estos distritos, lo cual no era hacedero sino á costa de sensibles pérdidas, particularmente contra los búlgaros de la península de los Balkanes. Las tempestades del invierno y el fuego griego destruyeron su escuadra; el inusitado frío, la escasez de víveres y las enfermedades que en su consecuencia se produjeron, imponían los mas duros padecimientos á las tropas, debilitando considerablemente el ejército; por otra parte, la energía del pueblo de Constantinopla, elevada á su mayor grado por la magnitud del peligro y el ejemplo del viril Leon, opuso victoriosa resistencia al ataque. El 15 de agosto de 718 (100) levantó Maslama el sitio. Los bizantinos celebraron desde entonces este día como una fiesta, recordando en él los árabes, bien á pesar suyo, la triste derrota, de la que solo difícilmente se pudieron salvar, en su desastrosa retirada, los restos del ejército sin gloria que regresaron á la patria.

Era esta la segunda tentativa que habia hecho el Islam para someter la ciudad de Constantino, y debia ser la última durante mas de setecientos años. Nadie, seguramente, podia prever que los hijos de Abdelmelik llegasen á encontrarse en tan inesperada como angustiosa situación. La pérdida del Asia Menor, que debieron desocupar inmediatamente los colonos musulimes, en verdad pocos en número, produjo durante breve plazo nuevas dificultades en la Armenia, que

(1) Los árabes fijan el sitio de Constantinopla un año antes; pero en este punto tienen los bizantinos indudablemente razón.